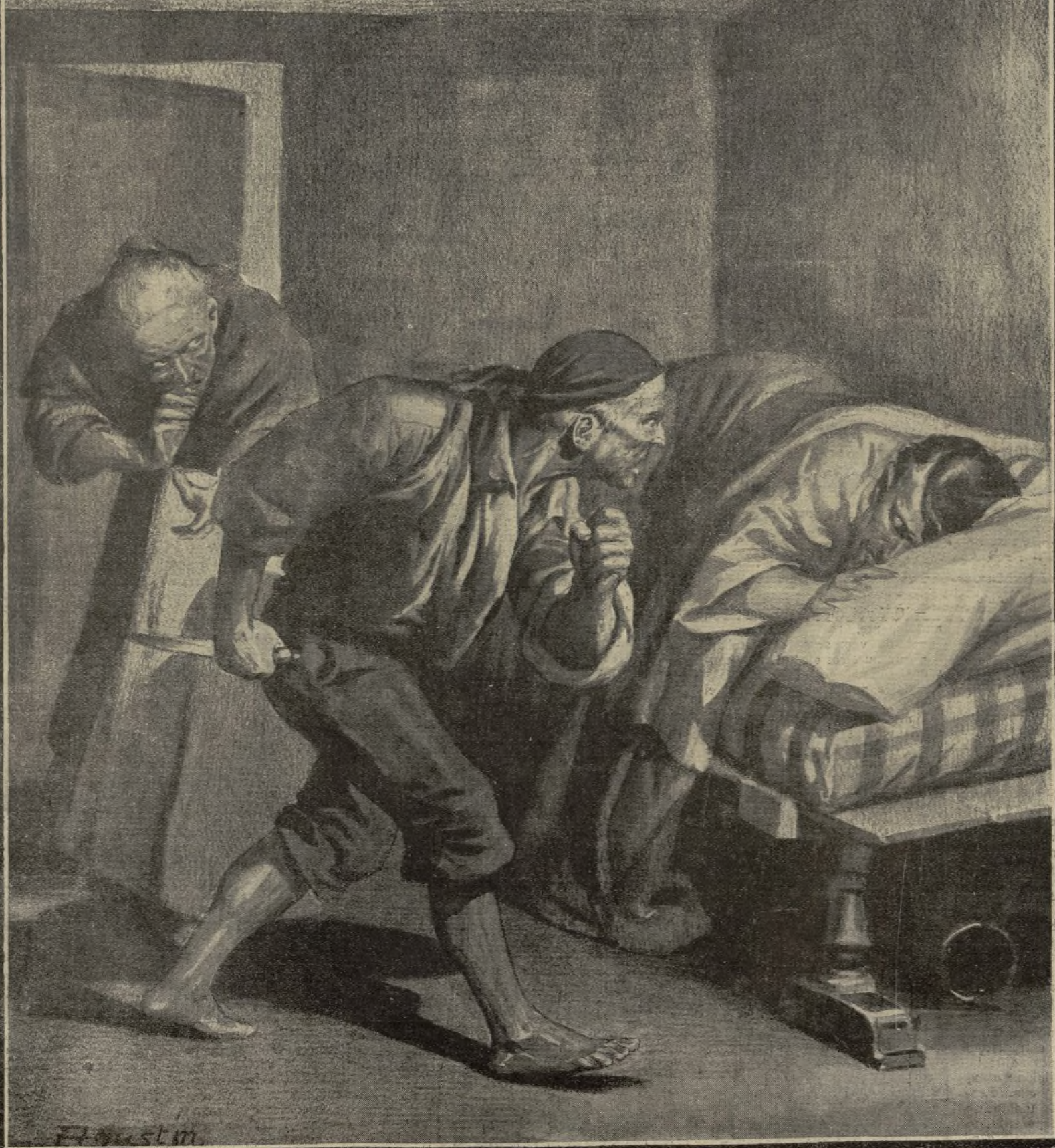


LA SEMANA ILUSTRADA



10 CÉNTIMOS  NÚMERO 98

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—Los venteros de Daimiel, por Pedro de Répide.

(Lease en las planas 2.^a y 3.^a de este número.)

Ayuntamiento de Madrid

La Semana Ilustrada

Redacción y Administración: Calle de la Colegiata, 7.—Teléfono 574.—Apartado de Correos 97.—Madrid.

Año III.

Madrid, sábado 13 de Marzo de 1909.

Núm. 98.

NOVELA CORTA de la SEMANA LOS VENTEROS

DE
DAIMIEL
TRADICIÓN
POR
PEDRO
DE RÉPIDE

I
La villa, vieja villa de la Mancha, capital del tráfico de su comarca, morada y asiento de ricachos y mercaderes, tenía vastas y opulentas posadas donde la hospitalidad y el comercio se hermanaban, dando al mismo tiempo también gala y aparato al pueblo que las ostentaba como muestra y alarde de su opulenta condición.

Era en los tiempos ya casi fabulosos en que andaba el oro de bolsa en bolsa y de mano en mano por moneda corriente, cuando los españoles pisaban tierra propia en cualquier lugar, no ya de Europa, sino del planeta, y las Indias volcaban sus tesoros en las entrañas de los galeones del rey de las Españas. Así tan frecuente como el trato con onzas y centenes, era el caso de recibir en los pueblos al aventurero que partió pobre y tornaba rico, y vivir á todas horas en un ambiente de leyenda.

Aquella villa de la Mancha veía siempre colmados sus mesones. Todos menos uno. A la entrada del pueblo había una venta solitaria. Era como si una maldición se extendiera constante sobre ella. Mientras las posadas de la población servían de parada y de aposento, no sólo á viajeros, sino también á gentes que las tenían por vivienda continua, en aquella otra de las afueras apenas si se detenían para un breve reposo los viandantes ó cabalgadores y arrieros para dar alimento y descanso á las bestias fatigadas. La mayor parte de los que venían por el camino pasaban de largo por su puerta, y si alguien entraba, jamás hacía noche bajo de su techumbre.

Al caer de la tarde, un viejo y una vieja salían á la puerta, y escrutaban á un lado y á otro del campo y de la villa. Eran los venteros que esperaban en vano el caminante que la suerte mal propicia no les quería deparar.

—¿Qué ves?

—¿Qué ves tú?—se preguntaban mutuamente.

—Nada vemos—se contestaban.

—Son nuestros ojos viejos y cansados.

—Es la noche que nos niega el camino.

Y ni era la noche, ni eran sus ojos viejos y cansados. El camino desierto entre las sombras se extendía

ante ellos árido y frío como una desesperanza. Y los dos viejos, sentados ante el portón de su posada, seguían esperando al viajero que no llegaba nunca.

II

No hay soledad más triste que la que está llena de recuerdos. Así era aquella en que vivían los viejos venteros de Daimiel. Un hijo tenían, y aquel hijo partió un día soldado; supieron luego que habíase ido á Indias, la región fabulosa del oro y de las maravillas, y luego ya no su pieron más de él. Pasó un año y otro, y muchos años, y los viejos venteros tenían todas las noches un sollozo por el ausente amado cuando pasaban por de ante de la puerta del que fué su aposento. Aquella estancia que nadie había ocupado desde entonces.

Y esperando al hijo encanecieron los padres. Tiempo llegó en que dieron por muerto. Muerto para la vida, pero no para el corazón de los pobres viejos que guardaban su imagen viva con su recuerdo. Otras veces el optimismo paternal quería suponerle opulento y feliz en las lejanas tierras donde buscó refugio. Y siempre concluían su remembranza diciéndose los dos:

—¡No volverá! ¡No volverá!

III

Y sobre todos sus dolores, la miseria, pájaro hediondo de obscuras alas, se cernía como un buitre si-

niestro sobre las pobres vidas de los pobres viejos.

Y todos los días, como una caravana de abundancia, pasaban ante su puerta los viajeros y mercaderes que habían de ser huéspedes en las hosterías de la villa. Y los venteros de la venta maldita sufrían tormentos como el de Tántalo y como el de Ugolino, viendo de qué manera ante sus ojos desfilaban los carros

terminante medio de adquirir, que aquellos tiempos de continuas guerras sancionaban.

Y el viejo decía á la vieja cuando veían pasar á alguno.

—Un viajero como ese, sin más campaña que la de sus doblones, nos era menester para que hiciese noche bajo de nuestro albergue.

—Noche haría, y larga, como nuestra miseria.



pletóricos de rubios cereales que tenían color de oro, y de frutas maduras y olorosas, rojas las unas como la ira y como la vergüenza; amarillas las otras, como la avaricia y como la envidia. Y las reatas de mulas ó los rebafios de ganado alegrando los aires con el tintineo de sus campanillas y de sus esquilas. Y las carrozas pesadas y majestuosas que pregonaban la opulenta condición de sus ocupantes, por ser bastante para sacar sino de mal año, de mala semana por lo menos al hostelero cuya casa fuera elegida para aposentamiento de sus personas y de sus servidores.

A veces, caballero en su buen caballo que le acompañó en la guerra, paraba algún alférez ó soldado que tornaba con la bolsa bien repleta, más que de sus soldadas, de premios de su suerte en los albuces de los juegos, en los saqueos de ciudades y campamentos, expeditivo y

Contestaba la vieja y sus ojos brillaban como el oro á la luz.

IV

Una noche en que como todas habían esperado en balde, aperciábanse los posaderos para el descanso de la noche, con el previo cuidado de atrancar la puerta como si hubiese en aquella casa nada que guardar de la rapiña ajena, y desgranaban lentos y solemnes sus oraciones, finándolas ya con su acostumbrado rezo por los caminantes de mar y tierra, y la paz y concordia entre los príncipes cristianos.

En ese punto de sus devociones se encontraban, cuando poniendo en sus ánimos el espanto al par que la sorpresa, oyeron el aldabón pesado de la puerta, cayendo una vez y otra vez con un estrépito que parecía mayor por la poca costumbre de ser oído á tales horas.



—¿Oíste, mujer?—decía el ventero tembloroso.

—Oí—le contestaba ella, temblando como el ante lo insólito del caso.

Y como si el demandante de hospitalidad sintiera grandes impaciencias, se redoblaron en la puerta aquellos golpes, que retumbaban en todas las estancias de la venta vacía.

V

Asiendo un candilejo con insegura mano, asomóse el mesonero á la ventana, que daba sobre la misma entrada de la casa.

—¿Quien va?—preguntó, intentando en vano escrutar entre las negruras de la noche la catadura y traza del caminante que llegaba tan á deshora.

—Buen hombre. ¿Habrá posada?—contestó el misterioso recién venido.

—Buen año para mí si á tales horas no la hubiese. Pero la hay. Aguarde quien llega, que soy con él al punto.

Y mientras bajaba por la escalera para recibir á aquel único parroquiano, la ciega insinuante no dejaba de interrogarle.

y daba paso al viajero. Era un hombre joven aún, alto y garrido, bien portado y urbano en sus pa'abras y modales. Una poblada barba cubría su rostro, y el sombrero gacho hacia la frente dejaba apenas que se vislumbraran sus ojos.

—Sola está la venta—dijo una vez que estuvo dentro, y al observar, á más del silencio, esa sensación de vacuidad que atea en las casas deshabitadas.

—No. Es que... Verá su mercé... Es que los viajeros están ya acostados hace rato. Balbucieron los viejos con ese tono especial que se pone en las mentiras.

El recién llegado quiso calentarse, pero el hogar estaba frío. Quiso comer, y no había más vituallas que unos pedazos de pan duro y unas legumbres secas. Y sin embargo no protestaba, ni se despedía. Cuando por último pidió lecho, los venteros sintieron una gran satisfacción al poder servir, por fin, en algo al visitante.

—Comida no queda, le dijeron. Los arrieros son comilones, y en la cena de esta noche acabaron con cuanto había. Pero cama limpia y blanda no ha de faltarle. Y diga, ¿viene de muy lejos?

turón y esta bolsa que llevan mi caudal.

Y los viejos, estupefactos, vieron cómo les entregaba aquella bolsa y aquel cinturón repletos de onzas de oro. Las miraban y sentían miedo de tocarlas. El joven, sonriendo, les dijo otra vez:

—Guardadlas, que hago confianza en vos.

—¿No se despertará ahora?

—Ni ahora, ni nunca.

Hábiles y silenciosos penetraron en el aposento del dormido que dormía con el sueño más confiado que se posó jamás sobre frente alguna. Acaso si los viejos hubieren llevado luz en sus manos, una ráfaga de ternura hubiera pasado sobre ellos.

No ya lentos y sigilosos, sino con ímpetu de fieras, penetraron allí donde su víctima yacía. Muerto estaba y bien muerto.

—¿Y si le registráramos?—volvieron á decirse—. Quizá tiene más todavía. Y sabremos quién era.

En sus ropas había papeles y preseas, y de su cuello colgaba un amuleto.



VIII

En tinieblas estaban, y un viento trágico rozaba sus cabezas.

Y avanzaron cautos. Sus manos se extendieron y tocaron el pobre cuerpo que reposaba á la puerta misma del reino de la muerte. El viejo levantó su mano donde rutiló al blandirse un puñal cien veces miserable, que bajó á hundirse en carne y sangre y volvió á levantarse como zarpa de tigre con fiebre y volvió á caer, y cayó dos veces más sobre un pecho muerto y desgarrado.

VI

Y cuando el sol, con su luz de oro, alumbra á los viejos codiciosos, contemplando y palpando el oro de su crimen, una sospecha vino á ellos con el temor de que aquel tesoro inesperado no fuese suyo todavía.

—¿Y si viviese aún?

—¡Tú fuiste, tú!

—Yo le maté, sí. Pero tú quisiste que muriera. ¿Por qué no me pediste que te matase á ti primero?

Y los viejos venteros, sobre el cadáver de su hijo, aquel hijo de Indias, á quien han recibido con la muerte, no se sabe si lloran ó si rugen.

Y se denuestan sin oírse y se miran sin verse. Y claman á Dios porque no les dió otro hijo que venga á su hermano, y les apuñalease á ellos.

Y en la otra estancia el oro tanto tiempo esperado, al no tener ya manos que contengan sus montones sobre la mesa, se esparce inútil, y rueda, y cae moneda á moneda como un gotear de lágrimas ó de sangre.



—¿Viste su porte? ¿Será un hidalgo rico? ¿Trae cabalgadura? ¿No será un pobre gallofero que tras de no pagar la posada se nos lleve las trébedes del hogar? ¿Viste si es acaso peregrino mendicante que nos pida por amor de Dios que le acojamos, y luego nos pida por la pasión de Nuestro Señor Crucificado que le demos limosna para el camino?

Y seguía su retahíla de preguntas cuando el ventero abrió ya el portón

Y hablaban como fantasmas en la penumbra del zaguán.

—De lejos y cansado—respondió el joven—. Mañana, á la luz del sol, nos veremos y hablaremos de nuestras vidas, que no pienso partir de aquí tan pronto. No son horas estas de pláticas, buenos viejos, y si me pedís que cuente, pueden turbar vuestro sueño mis relatos. Por ahora y para mayor tranquilidad mía, sed servidos de guardarme este cin-

VI

—No hagas ruido, mujer.

—Anda quedo, marido.

Y los viejos avanzaban á tientas por la penumbra del corredor. Entre la sombra sus ojos, como de felinos, tenían destellos de carbunclos. En la diestra del viejo había algo que centelleaba como sus ojos.

—No nos pedirá mañana su oro.

—No nos le pedirá.



PEDRO DE RÉPIDE

CUENTO DEL EXTRANJERO EL JUICIO DE SALOMÓN



Todos los fabulistas de la Edad Media presentan al Rey Solimán Ben Daoud, más generalmente conocido por Salomón, acompañado siempre por un gracioso, un bufón llamado Marcolfo. Este Marcolfo, especie de filósofo campestre, encarnaba el criterio popular y tenía a su cargo en la corte del príncipe oriental judío, el mismo papel legendario del gran San Eligio en la corte del Rey Dagoberto.

Nadie habrá olvidado, seguramente, el famoso juicio que hizo de la figura de Salomón, el prototipo y modelo de príncipes sabios. Dos mujeres se atribuían la maternidad de una criatura, y no se sabe cómo ni por qué, cada una de ellas parecía tener razón. Sentado en el último peldaño del trono, Marcolfo escuchaba con tranquilidad aparente, haciendo girar sin descanso sus pulgares.

Arriba, en lo más alto, sentado en su silla de oro, casi invisible por la multitud de palomas que vagaban libremente por su palacio, el Soberano de los Soberanos desaparecía como Dios mismo. Sólo se veía el rubí de su anillo mágico, brillando como un cristal entre la hierba oscura. A su derecha, sobre un larguísimo banco, todos los profetas y todos los patriarcas. Todos los sabios y todos los doctores a su izquierda. Asambleas de justicia como ésta, no se han visto desde hace centenares de años.

De repente, entre la gritaría de las dos madres, resonó una voz poderosa, bronceada:

—Basta—ordenó.

Era Assaf, el gran visir, el portavoz del Infalible. Y en un silencio profundo, otra vez se alza la misma voz, formulando la sentencia inmortal que ha servido de base a la jurisprudencia humana:

—Que dividan la criatura en dos pedazos.

Lo que sigue es tan sabido como lo ya narrado. Una de las dos mujeres lanzó un grito terrible, semejante al rugido de una leona; la otra, inmóvil y muda, contemplaba la coraza del soldado atlético y arrogante que sostenía al niño por un pie, la cabeza colgando hacia abajo.

El gran visir, Assaf, declara, en nombre del Rey, que la criatura es hijo de la leona. ¡Esa es la madre!

Los profetas y doctores se prosternan, las palomas vuelan hacia Jerusalén, y el brillo sobrenatural del anillo mágico se apaga entre los dedos replegados del Justiciero.

Al día siguiente, Solimán Ben Daoud, que por aquella época hacía construir el templo, fué a visitar las obras. El único muro que se conserva en pie, no puede dar idea de la grandiosidad de tan maravilloso monumento, llevado a cabo por simples mortales. Es verdad que el Encantador empleaba también en estos menesteres a los genios sometidos a su universal poderío. De improviso, veíasele llegar sin otro vehículo que el viento, en cuyo uso y empleo era maestro, adelantando a todos los Wilbur Wright conquistadores del aire. Pero aquella mañana, por complacer a Marcolfo, fué hasta las canteras andando, por entre las calles sombreadas por cipreses.

—El andar un poco te sentará bien—íbale diciendo su bufón—. No tienes contacto con la tierra, y en fuerza de divinizarte, pierdes la noción de lo que es la humanidad.

—¿Qué quieres decirme?

—Cada pan en su día, cada lección a su hora. El Señor alimenta con migajas a los pájaros.

—Vamos a ver—dijo Salomón—cómo descargan los hermosos navíos en que la Reina de Saba me envía, del África perfumada, las madeiras olorosas que han de decorar mi templo.

—No, Señor; bajemos a las calles y mezclémonos con el pueblo.

El Rey obedeció, porque los locos, en Oriente como en otros muchos países, no son más que sabios invertidos que tienen sencillamente la razón colocada al revés.

Por aquel tiempo, en aquel bendito reinado, los niños abundaban en Judea; en la Ciudad Santa su número sobrepasaba al de las palomas sagradas. Tropezábase con ellos en todas las calles, veíanse en el umbral de todas las puertas, en lo alto de los cipreses y bajo los carros. Jugaban hasta en los cementerios.

Salomón y Marcolfo fueron rodeados por la muchachería de tal suerte que no podían avanzar; el bufón los separaba a empujones. De vez en vez, una madre venía en ayuda de su hijo atropellado e insultaba al agresor, quien por toda respuesta soltaba una carcajada.

—Dime, Ben Daoud—preguntaba a su real acompañante—, esa mujer que ha acudido en socorro del niño maltratado por mí, ¿es su madre, su tía, su hermana o su prima?

—¿Cómo quieres, bribón, que lo sepa? Todas las mujeres, por instinto, harían lo mismo. Tienen un gesto único: el del sexo creado para la protección de la infancia.

—Sin duda; pero, ¿y el grito? Los gritos salen del alma. El amor los matiza. ¿Crees que tiene la misma expresión de angustia en una vecina que en una pariente?

—Sí; o creó.

—Entonces, si todos los niños son hijos para todas las mujeres, y todas las mujeres son madres para to-



dos los niños, no habría más que un solo niño y una sola mujer sobre la tierra.

—¿A dónde vas a parar, juglar diabólico, ni qué consecuencias se deducen de tus sutilezas farisaicas?

—Temerario es quien juzga—dijo sentenciosamente Marcolfo.

Y como con esto quería dar a entender que el Infalible se había equivocado al sentenciar el pleito de las dos madres, a pesar de tener puesto

el anillo mágico, el Rey montó en cólera y amenazó al loco con una lapidación pública y ejemplar.

—Tengo millares de mujeres y de concubinas—exclamó—, y todas me han dado uno ó varios hijos; he escrito el *Eclesiastes*, donde se condensa toda la filosofía; mío es el *Cantar de los cantares*, en cuyas páginas se desenvueven los misterios del eterno femenino; ¿y pretendes tú, que yo, Salomón, he juzgado mal y no he conocido la verdadera madre del niño, a la que realmente lo ha echado al mundo? Morirás por mi propia mano, si no te desdices.

—Sigamos paseando—murmuró el bufón—; lo principal es que la criatura no llegara a ser partida en dos por el soldado, porque entonces el mal hubiera sido irreparable.

Salomón le siguió. Al cabo de unos cien pasos llegaron a una callejuela sin salida, que formaba a su terminación una plaza pequeña, sombreada por olivares, donde sólo había dos casitas blancas, una frente a la otra. En la que se orientaba al Norte, se hallaba una mujer, sentada sobre las rodillas de un joven y robusto soldado; defendíase débilmente de sus besos, y sus cabellos sueltos azotaban el rostro del guerrero.

—Mira—dijo Marcolfo.

—La reconozco—contestó el Rey—; es la falsa madre, la que no se movió cuando ordené que dividieran al chico.

—Vuélvete, ¿quién esa otra mujer, en la casa del frente, que va, viene, trabaja, sin perder de vista a su pequeño, al pequeño cuya maternidad le has atribuido?

—La verdadera madre.

—¿Estás seguro, Ojo de Dios?

—Cada vez más, ciego vil, y no conozco otra tan cariñosa en todo mi reino.

—Pues no es más que su nodriza—exclamó triunfalmente Marcolfo, exhibiendo la prueba que se había procurado en los libros del Censo.

Salomón rehusó leer el papel.

—Lo sabía—dijo—, lo sabía por mi anillo mágico. ¿Crees tú por eso que he juzgado mal?

Emilio BERGERAT



no pueo serrá mis antigüedad; eya sola no se pué quedá aquí; de manera que hasta que no se case Dolorsita, no pué sé.

BURLAERO.—¡Sí que e rarol... Una madre que pa casarse eya tié que esperá que se case la hija.

SALVADOR.—¡Cosa der matrimonio!

BURLAERO.—¿Y por qué no se casa Dolorsita?

SALVADOR.—Ahí está er toque.

BURLAERO.—Po eso e fasi; un marío pa Dolorsita se encuentra ar regorvé de una esquina.

SALVADOR.—Asómate á esa, á ve si hay arguno por casualidá.

BURLAERO.—Quieo desí, que aquí hay uno. *(Por el mismo.)*

SALVADOR.—¿Tú te has orvidao de que er que se case con Dolorsita tié que tené vergüenza?

BURLAERO.—¡Eso está mu güeno!.. Y er que se case con la madre, no.

SALVADOR.—¡Mira, Burlaero!..

BURLAERO.—Sarvadó, acuérdesse usté der luto de su señora.

SALVADOR.—Güeno, vaya lo de la vergüenza.

BURLAERO.—Eso se arreglaba, en cuantito yo le dijera cuatro cosita bien dicha á la niña.

SALVADOR.—¡Po atrévete ya, guasón! Dentro de un rato, está aquí ella.

BURLAERO.—Esta tarde, está to arreglao.

SALVADOR.—Ea, po güena suerte.

BURLAERO.—Hasta luego. *(Medio mutis.)*

SALVADOR.—Te arvierto, que debe vení sin coleta.

BURLAERO.—Deja usté por cortá.

SALVADOR.—Y no te extrañe que te resiba ma, porque está mu ofendía.

BURLAERO.—Sa'ú. *(Vase por donde vino, canturreando como antes.)*

SALVADOR.—*(Viéndolo ir.)* Poca cosa e Burlaero, pero meno e na. Por mí no ha de quedá er buscarle novio á la niña. *(Pausa.)* ¡Señó y cómo tarda Ana!.. Va á salí Dolorsita risá hasta las pestaña. *(Asemdn dose á la trastienda.)* Ana, ¿está usté calentando las tenasiyas ar so?... *(Contestando como si le hablasen desde dentro.)* ¿Prisa?... ¡Ninguna! Impasi nsia por verla á usté. Por mí pué usté seguí con toa tranquilidad.

Escena XII.

SALVADOR y COMPRADOR 2.º

(ESCENA MUDA)

COMPRADOR 2.º—Entra por el foro derecha y saluda, llevándose la mano al sombrero.

SALVADOR.—Contesta saludando con la mano.

COMPRADOR 2.º—Señala un cigarrillo que lleva apagado en la boca, y poniendo una perra chica, pide por señas una caja de fósforos.

SALVADOR.—Le entrega una.

COMPRADOR 2.º—Saca una carta, la coloca en el mostrador y pide por señas que le ponga un sello,

finalizando la petición dando un par de golpes, con el puño cerrado, sobre ella.

SALVADOR.—Coge un sello, lo moja y lo pega en el sobre, finalizando del mismo modo.

COMPRADOR 2.º—Coge la carta y pregunta si se han llevado el correo.

SALVADOR.—Contesta que no.

COMPRADOR 2.º—Se dirige hacia el buzón, pero antes de llegar se fija que no está bien pegado el sello y vuelve al mostrador volviendo á dar otro par de golpes con el puño.

Echa la carta al buzón y después de cerciorarse que ha caído, por el ruido, se dirige hacia el foro.

SALVADOR.—Le detiene con la acción, y señalándole quince con las manos, pega dos pufietazos en el mostrador, señalándole deje sobre él el importe del sello.

COMPRADOR 2.º—Deja los quince céntimos, y saludando con la mano hace mutis por la puerta del foro hacia la derecha.

SALVADOR.—Le dice adiós por señas y guarda el dinero en el cajón.

HABLADO.

¡Camará, qué tío!... ¡Ese, por no abrir la boca bostesa con las narise!

Escena XIV

SALVADOR y un GITANO

SALVADOR.—*Viendo venir al gitano, que sale por la primera izquierda, receloso y como estudiando el terreno.)* Josú!.. Un gitano y yo en el estanco solo!

GITANO.—*(Entra puerta izquierda. Cantando.)*

«Cajne de mis cajnes,
güesesito de mis güeso.»

Güeno.

SALVADOR.—Muy güeno. *(Empieza á quitar todo lo que pueda estar al alcance del gitano de encima del mostrador y á dejarlo en la repisa baja de la estantería y sobre el sillón, incluso la balanza.)*

GITANO.—«Que requete que mánguili camela má que mánguili.»

SALVADOR.—¿Qué se ofrese?

GITANO.—Tres estaca.

SALVADOR.—¿De á cuánto?

GITANO.—«Aunque canto lo gitano no soy gitanito, no...»

SALVADOR.—(¿Se conose!) ¿De á cuánto?

GITANO.—«Me he criaito entre eyo...»

De á quinse, home; de á quinse.

«Se arguna vé va á Cá!..»

(Al ver el cajón de los puros que Salvador ha puesto sobre el mostrador.) ¿Quié usté esapartarlo que de estos bicho no diquelo?

SALVADOR.—Como diquelá, tampoco diquelo yo gran cosa.

Escena VII

SALVADOR

(Viéndola hacer mutis embobado.) ¡Qué andare!... ¡Qué cuerpo!.. ¡Jasta vendía ar peso, vale millone! *(Avanzando al proscenio.)* Vamo á vé, étié disculpa ó no tié disculpa, que un anticuario se haya vuelto loco por esa escultura?... ¡Porque no é sólo lo que se vél... *(Ligera pausa.)* ¡También tiene tú una imaginación muy viva, Sarvadó! *(Se coloca tras el mos-*

SALVADOR.—Güenas tarde. *(Se quita el sombrero que deja debajo del mostrador.)* ¿Qué se ofres, amigo?... ¡Puros de á reá, como si lo viera!

COMPRADOR 1.º—Una cajetiya de á cuarenta y sínco.

SALVADOR.—(¡Va bien la cosa!) *(Coge una cajetiya de la tabla y la coloca sobre el mostrador.)* Tome usté. Gijón.

COMPRADOR 1.º—Un librito de papé «Si-Sá».

SALVADOR.—«¿Si-Sá?... *(Coge unas carpetas de debajo del mostrador con papel sellado y empieza a*



ESCENA VIII.—SALVADOR (SR. MONCAYO) Y COMPRADOR 1.º (SR. CARRIÓN)

(Fotografía Alfonso.)

trador.) Güeno; y ahora, á pensá en er negocio. *(Mirando á los sitios que le señaló Ana.)* Aquí, los pitiyo flojo; en este cajonsito, los puro é quinse; paquete de siete reale; cajetiya de veintitré; papé de fumá... Hombre; ¿dónde ha dicho que están los puro de á reá? ¿Dónde están, Sarvadó Perea? ¡Po é me nesté que te acuerde, Sarvadó!.. *(Saca un cajoncito de debajo del mostrador.)* Estos son los de á cuarto. *(Saca otro y de él un puro con faja.)* ¡A mí me parese que este pué darse en un réal... *(Vuelve á colocar las cajas en su sitio.)* ¡Cómo te ha puesto la cabeza quie yo sé, Sarvaoriyo!.. Güeno: quie desí, que si ahora entra uno pidiendo puro de á reá, se tié que dí á comprarlo...

Escena VIII

SALVADOR y COMPRADOR 1.º, al que se ha visto salir por el foro izquierda entrando en el estanco por la puerta de este lado

COMPRADOR 1.º—Güenas tarde

d revolverlo.) «Si-Sá.» *(Las deja en su sitio y busca en la tabla hasta que lo encuentra.)* Aquí está; como éste.

COMPRADOR 1.º—Y...

SALVADOR.—Y... *(Pendiente de los labios del otro.)*

COMPRADOR 1.º—Una caja de seriyo inglese.

SALVADOR.—*(Respira y empieza á buscar en el cajón de las cerillas. Leyendo en una.)* «Carabanchel...» *(Coge otra.)* *(Dándosela.)* Ahí va.

COMPRADOR 1.º—Totá: sesenta. *(Paga, hace medio mutis hacia la izquierda, mientras Salvador da muestras de satisfacción y dice de pronto volviendo á cercarse.)* ¿Quié usté sacarme purito de á reá?

SALVADOR.—*(A punto de caerse al suelo.)* ¿De á reá?... Conque... de á reá...

COMPRADOR 1.º—Sí, señó, de á reá. Yo, como fumá, fumo de cuarenta y sínco, pero la digestión no pueo haserla sin un purito; y como da er casuá que los de aquí, són mu güenos...

SALVADOR.—¡Ya lo creo! ¡Los mejores que se fuman en Seviya! *(Coge una caja y la coloca encima del mostrador.)* ¡Po entonse, van á sé esto!

COMPRADOR 1.º—(Cogiendo uno.) ¡Hombre, no; esos son de á trê reale!

SALVADOR.—(¡Meno m'í, que ne dao çon una persona desente!)

COMPRADOR 1.º—¡Eso no quita que argunas vese paescan argarroba!

SALVADOR.—Sí, señó; argarroba paresen (¡Entonse van á sé esto!) (Pone la caja de cigarros de á cuarto sobre el mostrador.) Escójalo usté, amigo.

COMPRADOR 1.º—¡Hombre, no tan malo!.. Estos son de á cuarto. ¿E que no tié usté puro de á reá?

SALVADOR.—(Mirando por todos lados) (¡Lo que no tengo es cabesa!) Y diga usté, ¿no haría usté mejó la digestión con un poquito bicarbonato?

COMPRADOR 1.º—(Incomodándose.) ¿Pero tié usté ó no tié puro de á reá?

SALVADOR.—Como tené... sí, señó, que los tengo.. Ahora, que no sé por dónde andan, ¿está usté? Yo siento en er arma estropearle á usté la digestión.

COMPRADOR 1.º—(Indignado.) ¡Quarqué cosa é un estanco!.. Arrienda usté una arsesoria, se gasta usté dos latas de pintura colorá y una de amariya y expendiduría, y luego no tiene ni puro de á reá. ¡Ni esto é estanco ni esto é formalidá.. ni usté tié tipo de estanquero, vaya!

SALVADOR.—No se ponga usté asín, que to tié arreglo en este mundo. (Sacando otra caja.) ¿No le da á usté lo mismo fumarse dos puro de á medio reá?

COMPRADOR 1.º—Eso é chungu y de mí no se chunguea nadie y quearse con Dió, que me voy, porque usté no sabe cómo me pongo yo cuando se me hinchán las narise.

SALVADOR.—¡Má feo que de costumbre!

COMPRADOR 1.º—¡Mardito sea er monopolio! (Sale indignado por la puerta de la izquierda y desaparece por el mismo lado hacia el foro.)

Escena X

SALVADOR

(Cayendo sentado en el sillón.) ¡Qué disgusto, señó, qué disgusto!.. Por mi culpa han sufrido los intereses de Ana, porque sabe Dió los puro que hubiea compraó ese tío. Vamo á suponé que hubian sío do. Do reale, que hubian ingresao en er cajón de los cuarto. Pué por mí no queda. (Se levanta, abre el cajón del mostrador y echa en la sportilla cincuenta céntimos.) Como estos. (Vuelve á sentarse. Pausa.) Güeno, también podía sé que no se hubiea yevao má que uno, porque er de la digestión de la noche sabe Dió dónde lo habría compraó. (Se levanta, abre y coge un real.) ¡La ley es ley! Cogeremo un realito... (Vuelve á sentarse. Pausa.) Güeno, po á lo mejó, despué de yeváse media hora escogiendo, se larga á otro lao á comprarlo—porque esta gente las gasta asín—y se quean los puro muerto é rísa, lo mismito que están ahora. ¡La justisia es justisia!

(Vuelve á levantarse y coge el otro real.) Cog.remos el otro realito... ¡A mí me gusta siempre cumplí bien!

Escena X

SALVADOR y JOSE, tipo afeminado sin exageración. Viene de la derecha y entra al estanco por la puerta del foro.

JOSE.—(Entrando.) Güenas tarde. ¡Ho a, Sarvaó! (Extrañado de verle en el mostrador.)

SALVADOR.—Venga usté con Dió, José

JOSE.—Sofocato vengo.

SALVADOR.—¿Otra tunda de la señora?

JOSE.—Poco meno; un escándalo. ¡Me va á matá á disgusto!.. ¡Me tié avergonsaíto!.. Yo no digo que no fume, pero siquiera que lo haga en casa y que no me mande á mí por er tabaco.

SALVADOR.—Bueno, y usté ¿qué quiere?

JOSE.—Poca cosa; que se la lleve Dió y á mí no me desampare.

SALVADOR.—No; si digo á que qué va usté á yevá?

JOSE.—Sigarro fuerte pa ella. (Suspirando.) ¡Ay!

SALVADOR.—(Que está cogiendo de la tabla dos paquetillos.) Sí, señó, que los hay.

JOSE.—No, si ha sío un suspiro. ¡Como que si con suspiro y lágrima é sangre se arreglaran las cosa, ya hasía tiempo que mi señora dormía debajo de un sipré en er sienterío!

SALVADOR.—(Dándole los cigarros.) Eso é porque usté no tié arranque.

JOSE.—(Pagando.) ¡Grasia á Dió!.. Una ve quise tenerlo y la que se arrancó fué eya. En fin, quée usté con Dió, que me está esperando. (Se asoma á la puerta de la izquierda y retrocede.) Po no sargo, que viene ahí Burlaero. La tié tomá conmigo y me avergüensa en medio la caye. (Mirando.) Digo, si viene pa acá: ¡Miste que son dos desgrasia: tené una mujé asín y que ensima se pitorreen de uno.

Escena XI.

DICHOS y BURLAERO

BURLAERO.—(Que durante el anterior párrafo ha salido por el foro izquierda con dirección al estanco, presumiendo mucho y canturreando flamenco entra en el estanco.) ¡Buenas tarde, Sarvaó!.. ¡Adiós, José!.. No te quée así, home. Dame esa mano, que tú sabe que se te apresia. (José le da la mano á regañadientes.) ¿Dónde ha dejao á tu mujé?

JOSE.—¿Yo?.. En casa.

BURLAERO.—¿Po no iba tú-hase un rato con eya por la caye Franco?

JOSE.—Yo no he sa ío hoy con eya.

BURLAERO.—¿Ah, no?... Po no he dicho na.

SALVADOR.—Sería er cuffao de éste

BURLAERO.—No, er cuffao no era.

JOSE.—Sería mi primo.

BURLAERO.—Tampocó era tu primo.

JOSE.—¿Vamo á variá e conversasion?

BURLAERO.—Vamo á variála. (Sentándose en el cajón.) Está er día de toro; á Tablá voy.

JOSE.—¿Y esa e toa-la conversasion que se te ocurre, ladrón?

BURLAERO.—Me han dicho que son güeye.

JOSE.—Habla de otra cosa, malarma, que no saca gusto má que de quemarme la sangre.

BURLAERO.—¿Y de qué quíe tú que hable un torero?

por la puerta izquierda, haciendo mutis por el foro del mismo lado.)

Escena XII

SALVADOR y BURLAERO

BURLAERO.—(Decidiendo tomar la cosa en guasa.)

¡Po no ha tenío malange!

SALVADOR.—¿No te da lástima?... Déjalo en pa, que e una víctima resirná der matrimonio.

BURLAERO.—(Acercándose al mostrador y apo-



ESCENA XI.—SALVADOR (SR. MONCAYO), JOSÉ (SR. RUIZ DE ARANA)

BURLAERO (SR. MIHURA ALVAREZ)

(Fotografía Alfonso.)

JOSE.—¡Torero!.. ¡Eso te piensa tú, que ere torero! Te pensaste que iba á yegá á Fuente, y pa mí que te quea en arcantariya. (¡Se la sorté!)

BURLAERO.—¿Usté no ve, Sarvaó?

JOSE.—Er que te puso er nombre te ~~convenció~~ desprecio. ¡Burlaero!

BURLAERO.—(Se levanta y hace ademán de desplegar la muleta para pasarle.) José, venga de ahí

JOSE.—(Nervioso.) Mátame ya.

SALVADOR.—(Interviniendo con la palabra, sin salir del mostrador.) Vamo á vé.

BURLAERO.—Embiste, que ere güeno

JOSE.—Mátame ya.

BURLAERO.—Po cuádrate.

JOSE.—Mátame ya que van á dá er tersé aviso y va á salí tu padre. (¡Se la sorté!) Sale de estampa

yandose en él.) Ahora que ha dicho usté matrimonio, ¿cuándo e er de usté?

SALVADOR.—¡Qué sé yo!.. Por er gusto de eya y mío, pronto; pero hay algún inconveniente.

BURLAERO.—La entend.

SALVADOR.—Sí, la entend. Pero verá tú lo que pasa con la entend. Mi gusto sería que se viniera á mi casa, porque Dolorita lo merece. Ya la conose. E guapa, e formalita; e bien mandá..

BURLAERO.—¡Que si la conose!

SALVADOR.—Sé to lo que hubo.

BURLAERO.—¡Mala voluntad de arguno; mar tiro le peguen!

SALVADOR.—¡Y poca vergüensa tuya, mar rayo te parta! Sería un contra Dió serrá este estanco, que ar fin y ar cabo heredó de su padre y da dinero; yo

VISTO Y LEÍDO

POR LOS LIBROS

A flor de lectura de cualquier obra contemporánea brota una pregunta desconsoladora: ¿Por qué nuestros escritores, tan intelectuales, tan emancipados, tan superhumanos, se encogen de hombros ante los problemas de la Filosofía?

En España el predominio del intelectualismo casi está en razón directa de la falta de toda cultura superior. Balmes parece haberse llevado el milagroso sésamo que abriera las puertas del templo de Jano, a toda noble empresa especulativa y a todo concepto amplio y metafísico del Universo.

Mientras tanto, á ultra horizonte hay una constante ebullición espiritual. El progreso de las ciencias naturales sintetiza y precisa cada vez más sus adquisiciones. Se han analizado los cuerpos simples y formulado matemáticamente las leyes, á las cuales obedecen las fuerzas cósmicas. Se ha profundizado en el protoplasma y en la célula para comprender la admirable generación de los organismos y el secreto de la vida.

Y he aquí que un eminente polígrafo español, Edmundo González Blanco, en una gloriosa hermandad espiritual con los demás científicos europeos, reanuda y engrandece la historia de la filosofía española.

Edmundo González Blanco es un

precio; el abandono de la modestia con la austeridad que da la suficiencia propia; el griego, el hebreo, con la psicología experimental y el elogio de los bocadillos de anchoas; los descubrimientos en Arizía, con la «importancia y necesidad» de la prostitución á bajo precio.

Pues bien; este individuo tan humano, tan *demasiado humano*, que no parece un escritor de oficio ni un filósofo de beneficio, tiene obras que no sólo son de un gran filósofo, sino de un intenso estilista.

Así nacieron *El Hilozoísmo como medio de concebir el mundo*, y *El Materialismo combatido en sus principios cosmológicos y psicológicos*, y por último esta obra fundamental, que, con el título de *Filosofía de la Naturaleza* (discursos á los jóvenes sobre Cosmología), acaba de publicar la casa Victoriano Suárez, en dos tomos de cerca de mil páginas cada uno.

Esencialmente idealista, el autor combate el positivismo en todas sus formas, considerándole obstáculo para su síntesis filosófica.

Sentado el principio de la especulación de las cuatro concepciones del universo: monística, dualística, pluralística é hilozoística, rechaza las dos primeras, aceptando las dos últimas complementadas.

Y todo esto amenamente, pintorescamente, sin que asome una sola vez el dogmatismo ni la pedantería.



EDMUNDO GONZÁLEZ BLANCO

hombre curioso por su misma carencia de aspecto original. Delgado, no muy alto, moreno de color; el bigote y el cabello descuidados; indumentaria más descuidada aún, con las botas casi siempre sucias, y una constante brillantez en las negras pupilas que rubrican la extrema movilidad de su fisonomía. Nervioso de nacimiento y maniático por remate, tiene, durante sus cortas estancias en Madrid, un miedo invencible á ser atropellado por los coches. Ahora con su playa asturiana y con su libertad campesina las diez horas diarias que consagra al estudio. Pero en cuanto deja los libros y sale de su casa de Luanco, se une al primer grupo de marineros y pescadores que se encuentra, y alterna y bebe sidra hasta la saciedad, porque para él no hay más vida extracientífica que el alcohol.

Dotado de un carácter independiente, nadie tan pintoresco y fácil de palabra como él. Su conversación tiene un encanto indecible. En ella se mezclan las ideas religiosas con las teorías matemáticas; los juicios literarios con el análisis químico; el odio al Papa, con el amor al Evangelio; la bufonada con el des-

tan difíciles de evitar en esta clase de obras.

Leyéndole, toda su figura inquieta y nerviosa, todo el encanto de su charla arlequin, surgen como una evocación de cuento maravilloso.

POR LOS TEATROS

La más honda emoción del triunfo no está en el triunfo mismo, sino en el recuerdo de la lucha pretérita, en esa mirada retrospectiva que vierte en las venas, buscando el corazón, la acredulidad del desquite.

Fosorio Guerrero, aclamada, perseguida por entrevististas y fotógrafos, asomando la mora mirada de sus pupilas negras en todos los semanarios y en enormes cartelones de reclamo, habrá sentido poco ó mucho rato—según le hayan estropeado más ó menos el corazón las amarguras de vivir—ese orgullo de quienes despreciando se vengan de antiguos desprecios.

Más que una bella hembra, más que un maniquí de joyas y encajes, Rosario Guerrero es un haz de nervios caldeados á sol andaluz, que primero fueron dolor, luego rabia, después voluntad y siempre pasión. Porque sabiendo como sabe de

todas las locuras y todos los apañamientos no se le ha secado la fiebre de amar ni se le ha roto el resorte de la confianza en sí misma.

Muy halagador, muy de caricia y de homenaje el triunfo en lejanas tierras, oído en extranjera lengua y gastado en extraña moneda; pero ella necesitaba saborearlo, imponer-

á entrar, porque sea mas de su agrado el cielo añil y los nombres en diminutivo, y los chistes, y los donaires, y las comparaciones.

¡Ah! Y en cuanto á ciertos ladridos á la luna de Valencia con motivo de si hay plagio ó no hay plagio, sonríanse y vuelvan la espalda. ; que ni furia de perro vagabundo, ni

país donde los kioscos de periódicos desaparecen bajo la lepra multicolor de *A sangre y fuego*, Luis Candelas, Jaime el barbudo; *Dik*, el terror de las praderas; *La vuelta al mundo por dos pilleles...*, etc.

*
Prometeo, una simpática revista que, á pesar de estar dirigida por un



lo aquí, en España, que las mismas voces que antes fueron mudas, lo gritaran; que los mismos carteles que antes callaron su nombre, ahora se le rindieran vencidos; que las calles y el cielo, inclementes cuando los días negros, se conmovieran ahora cuando ella pasase en su automóvil jactancioso y bramador. Sin embargo... Estos desquites, estas sabrosas venganzas cuestan caras, porque en dinero de años y de zapatos espirituales se pagan.

Y, á veces, también el corazón es como un teatro que se apaga y se vacía de gente y donde el recuerdo va tendiendo su funda gris...

*

Yo no conozco á los hermanos Cuevas. Me son simpáticos porque se han impuesto y, sean cuales fueren las razones, ya tienen enemigos. Desconfiemos siempre de aquel á quien todos enaltecen y alaban, porque, seguramente, se trata de una nulidad inofensiva. Si las sillas fueran seres pensantes y pudieran obrar por su propia cuenta, acogerían, sonrientes, á la humilde banqueta, que todo lo más sirve de descanso pies, y se amotinaria contra el sillón, que desde el primer momento atraería al hombre con la holgachona promesa de sus brazos y de su amplio asiento.

De aquí la bien nivelada medianía de ciertas épocas literarias.

Esto en cuanto se refiere á la calidad de autores que se imponen. En cuanto á la calidad de autores que huellan senderos ya abiertos por otros caminantes, los hermanos Cuevas me son antipáticos. Todo puede perdonarse menos la falta de originalidad. Antes la extravagancia, el desafío al ridículo, la arrogancia del gesto individualista frente al panurgismo colectivo.

Puede tolerarse y ap'audirse *Aquí hase farta un hombre*, porque tiene todas las buenas cualidades del teatro de los Quintero y ninguno de sus defectos; pero no debe tolerarse y menos aplaudirse *Penas buscadas*, en cuyos dos actos se da el caso precisamente contrario.

Claro es que tratándose de otros señores ni siquiera se tomaría uno la molestia de discutir, ya que bastantes incurables de majadería acuden todos los meses á la calle Núñez de Balboa; pero los Sres. Cuevas tienen talento, conocen á maravilla la técnica y la mecánica teatrales, y han empezado sobradamente bien para que no se aseguren mucho antes de dar un nuevo paso.

Están en la obligación de apartarse del camino andaluz, aunque sólo sea una vez, aunque luego vuelvan

embozada pulla de enemigo merecen tenerse en cuenta.

POR LOS PERIÓDICOS

Faro ha muerto.

En su último número se confiesa vencido, y todo el espíritu castellano y quijotesco se duele de este vencimiento. Menos mal que, según él mismo, se trata de la primera salida. Acaso en las sucesivas no le sea tan hostil la fortuna.

Sin embargo, de algo les servirá el batacazo á quienes dirigían esa empresa de europeización y renovación.

Por de pronto les demostrará que ante todo y sobre todo se debe ser ameno. Todo se puede decir y las más altas especulaciones se pueden expresar con claras palabras.

Y Faro—fuerza es confesarlo—no tenía nada de ameno.

Además, el trabajo de selección, sin el cual no estaríamos en este mundo, y aún continuaría el planeta habitado por el paliotherio, el anoplotherio, el xiphodonte y demás paquidermos de las especies intermedias.

Faro no seleccionaba. A contra página de unas divagaciones anodinas á propósito de ingenuos conflic-

senador del reino, tiene un simpático aspecto juvenil de rebeldía y de independencia (lo cual habla mucho en favor del senador aludido), convoca en su último número á un banquete en honor de Larra. *Figaro* nació en Marzo de 1809, y este año se cumple, pues, su centenario.

Y *Figaro*—copio de *Prometeo*—reclama un acto así.

«Frente á los actos transcendentales que ejecutarán los jóvenes timoratos, la oficialidad y los viejos, la juventud se portará en este banquete tal cual cumple á su gallardía y al espíritu laico desunido y rapadico que anima sus piernas.

Larra no significa en arte y en el pasado la senaduría vitalicia. Es por primera vez en la historia el primero de nosotros, escépticos y burlescos, que se hace antiguo y sufre su centenario. Dado su humorismo de por vida, sería incongruente invocarle entre suspiros. Se burlaría sarcásticamente. ¿Para eso enseñó él irrespetuosidad?»

Conformes. Por tener todas las simpáticas ventajas este homenaje á *Figaro*, tiene incluso la originalísima de banquetear á un muerto, á caso en la misma mesa donde se ha banquetado á muchos vivos.



tos psicológicos ó rurales, un artículo hinchado y enfático, hecho con el exclusivo objeto, al parecer, de mostrar el aspecto antipático de la ciencia.

Luego, el precio; yo bien sé que 30 céntimos es bien modesto para la importancia literaria, política y científica de *Faro*; pero el público ya tiene bastantes hebdomadarios á ese precio y que le cuenten historias en vez de disciplinarle y encauzarle el espíritu.

Porque ese fué el principal error de *Faro*: creer que podía vivir en un

El banquete ya no tiene razón de ser, mientras no se celebre en un caso tan excepcional como ahora.

Yo es el último á que pienso asistir, aunque no sea más que por la ímpia curiosidad que sintiera Don Juan al invitar á Don Gonzalo.

¡Quién sabe! Tal vez el milagro que no logran—digan lo que quieran los distinguidos espiritistas—las mesas giratorias, lo consiga una mesa con reales y efectivas chuletas, y menos real y efectivo Rioja.

José FRANCÉS

Dibujos de Robledano.

Cosas del Otro JUEVES



Dentro de nada, el transcendental problema que Cambó planteó á Maura en la pizarra de la política, y que éste no ha sabido resolver porque se equivocó de procedimiento, y en lugar de una operación de dividir hizo una de multiplicar, se habrá resuelto por sí mismo, y aun cuando el resultado sea negativo, habremos dejado de hacer cálculos y de hablar de incógnitas lo cual no es poca ventaja.

El riesgo de que algún día Cataluña pudiera desmembrarse de España, por acrecentar Maura con su política de multiplicación las influencias de los nacionalistas de la

catalaniza, y los hijos del Cid vamos tomando el asiento de los hijos de Vifredo.

Como que es un acento que se pega más que el tifus.

Marial, Cambó, Cadafalch y Compañía, son una razón social de fabricación de discursos parlamentarios, tan acreditada como la más acreditada en fabricación de tejidos, manejándose igualmente la propaganda y el reclamo, y hasta con sus almacenistas y representantes en Madrid y sus sucursales en distintos puntos de España.

Dentro de nada, así como nos visten á su capricho los fabricantes

Sus primeras elecciones no fueron ni de mala borra, sino de legítima y mal disimulada pita; su tejido estaba lleno de fallas.

Del tinte de la política catalana no hablemos.

Pero, en fin; toda esa invasión de la política, como la del comercio, está bien, ¡qué demonio!, porque si tienen más actividad que el resto de los industriales y los políticos de España para imponer sus productos, y más habilidad ó más carácter para alcanzar de los gobiernos leyes de exención y monopolio, justo es que recojan el resultado.

Tampoco me quejo de que nos

cuando todo ello resulte trapos y hierro viejos; porque el mejor día se reúne de buen humor el Municipio y acuerda la construcción de un carro blindado, y otro día se le antoja á La Cierva hacer de la pradera de San Isidro una sucursal del Campo de la Bota, y ya con la *mise en scene*, con tanto lujo preparada, van á caer en ganas de venir los anarquistas catalanes, y puede ser que el Gobierno les conceda privilegios como á los políticos y á los fabricantes.

No tanto jugar á los catalanes. Bueno que nos visiten, que nos gobiernen y hasta que nos peguen

número y el sueldo de los españoles, venga en buen hora la reforma, pero sin taparrabos; que de más importancia económica es la subvención á la Trasatlántica ó la adjudicación de la escuadra, y no se han buscado tantas justificaciones.

No empecemos ya á tener en el Gobierno civil confidentes de la tafa de Rull, que ese es un género catalán poco envidiable.

Adelante con la broma de los cráneos del doctor Robert y sus amigos, que son inofensivos; pero las de Morral y sus secuaces, ya son bromas pesadas.

Parece que después de imponer



el acento; pero no empecemos ya a suspirar porque nos llenen de bombas explosivas las columnas mingitorias.

No les vayamos preparando el terreno, porque es un terreno muy resbaladizo.

Bueno que en algunas provincias se empiece á hacer la caricatura de la política regionalista de Cambó, pero no hagamos, ni en broma, la caricatura del terrorismo barcelonés, porque el demonio las carga.

Si todas esas falsas alarmas oficiales tienen por fin nombrar en Madrid un policía inglés y aumentar el

nos la industria y la política catalana, se trata de imponer el terrorismo.

Por algo decía yo en el comienzo de esta crónica que el problema, por equivocación de procedimientos matemáticos de Maura, se va á resolver espontáneamente y á despejar la buscada incógnita.

No se va á desmembrar Cataluña de España, no; va á ser dentro de nada, toda España, Cataluña.

EL SASTRE DEL CAMPILLO.

(Dibujos de TOVAR.)



Rambla, desaparecerá, porque llegará más pronto el día en que toda España será Cataluña.

A la monopolizadora invasión de su comercio, amparada por el abuso de los aranceles, ha seguido la invasión, todavía más rápida y más monopolizadora, de sus hombres políticos, que han dado quince y raya en actividad á los viajantes; y ya los discursos y las declaraciones de los representantes de Cataluña inundan las columnas de los periódicos, como los géneros de sus fabricantes invaden los escaparates de las tiendas.

Y así como éstos nos imponen sus dibujos ó cuadros, aquéllos nos van imponiendo sus modismos en fuerza de leerlos, y hasta la fonética de su pronunciación en fuerza de escucharlos y de imitarlos, é insensiblemente el idioma castellano se

de Cataluña, nos impondrán su política los de la Lliga; porque para unos y para otros tienen sus aranceles proteccionistas los gobiernos. Y harán grandes carreras en la política, como han hecho grandes fortunas en el comercio.

El Salón de Conferencias del Congreso se llenará de cajas de discursos catalanistas, como los muelles de la estación del Mediodía se llenan de cajas de piezas de tela.

Y habrá, entre los oradores catalanes, la misma competencia ruinosa que entre los fabricantes; y la Solidaridad será una zona parlamentaria, como es una zona fabril la cuenca del Ter, y vendrá la falsificación de discursos de cancilleres extranjeros, como ya ha venido la fabricación de elecciones apócrifas; que en esto, la política catalana va muy por encima de sus industrias,

catalanicen el idioma y nos peguen el acento, puesto que, al fin y al cabo, la lengua madre, á medida que pierde el manto de su verbo augusto, lo va remendando de todos los barbarismos que encuentra al paso, en términos de que, si Cervantes resucitara, no la conocería.

Lo peor es que una triste moda catalana, la de los atentados anarquistas, comienza á dar en Madrid sus vajidos y que ya hay barruntos de embarazos ridículos que quizá no lleguen á darse á luz, pero que bastan y sobran para intranquilizarnos, porque nos recuerda los horrores del inolvidable engendro con que Madrid perdió la aureola de la única virginidad que conservaba.

Malo es que se comience á encontrar en las calles bultos sospechosos y que la política dé en la flor de creer que hay depósitos de bombas, aun



Madrid

LOS NUEVOS UNIFORMES



Arcadio Moraleda

909

DRAGONES DE LUSITANIA "HUSARES DE LA MUERTE,"

(Dibujo de Arcadio Moraleda.)

VIAJE AL POLO

por D. José Echegaray.

Una menudencia.

Decimos menudencia, y quién sabe si llegará á ser de capital importancia y de resonancia universal. Porque se trata de la resolución de uno de los problemas que más preocupan al espíritu noblemente aventurero de la raza humana.

Se trata, repetimos, nada menos que de llegar al polo.

Pero no al polo Norte, sino al polo Sur, que es tan polo como su compañero, y que hasta el presente ha sido tan inaccesible como él.

¿Cuántos medios se han empleado para llegar á ese punto real, é imaginario á la vez, y por de contado movidizo!

¡Llegar al polo, colocarse en la prolongación del eje terráqueo, ver como no se ve el sol durante seis meses, y cuando sale, ver cómo da la vuelta al horizonte! ¡Observar que los astros giran alrededor de nuestra cabeza, como trazando miles de coronas triunfales de luz! ¡Separarse un poco del polo, describir un pequeño círculo y poder exclamar: yo he dado la vuelta al mundo en un minuto!

Construir una torre cuadrada, y ardear de que se tiene una casa, con las cuatro fachadas al mediodía, como se contaba de un ilustre personaje.

Y substituyendo á la torre cuadrada una torre cilíndrica, asegurar con matemática exactitud, que nuestra habitación tiene al mediodía infinitas fachadas.

En fin, si el hombre llegara al polo Norte, podría realizar muchas más empresas, tan útiles la mayor parte de ellas, como las enumeradas en nuestra triunfal relación.

Pero vamos al caso, á la conquista del polo Sur.

Para llegar á uno ú otro polo se han empleado multitud de sistemas.

Suponiendo que alrededor del polo hay mar libre, se ha querido ir por mar, y nunca se ha llegado.

Se ha querido ir, no diré por tierra, pero sí sobre el hielo, con trineos tirados por perros, y no se ha llegado tampoco.

Reciente está la célebre expedición, en globo que terminó por una catástrofe.

En suma, que ambos puntos polares parecen inaccesibles.

Pero la terquedad humana es infinita.

Y no está mal si la terquedad acompaña al genio, que es maridaje que realiza maravillas.

¡He de volar!, dice el hombre, y ya casi vuela.

¡He de llegar al polo!—repite—y casi llega al polo Sur.

Pero esta nueva empresa ¿en qué se funda? ¿Cuál es el nuevo sistema?

En un periódico extranjero recogemos la noticia.

Asómbrense nuestros lectores: se trata de llegar al polo Sur en automóvil.

¡Qué gloria para el automovilismo si llegara á realizar la temeraria y prodigiosa empresa!

Y ¡quién les sufre á los automovilistas si al fin alcanzan el codiciado triunfo!

Si cuando todavía no lo han alcanzado van desatinados por calles y carreteras aplastando sin escrúpulo á los que no tenemos dinero para comprar un automóvil, ¿qué sería cuando un *cien Mercedes* ú otra marca autorizada, hubiera plantado sus cuatro neumáticos sobre el polo Sur?

Ya ni había derecho para quejarse. Ya el automovilismo no era un *sport*, era una máquina prodigiosa de progreso, era más que el carro triunfal del Emperador ó del César.

Vale más ciertamente pasar sobre el polo Sur que bajo el arco de Trajano.

Que el automóvil es máquina de progreso, siempre lo hemos creído, á pesar de sus tremendas travesuras, y acaso llegue el día en que un *chauffeur* sea émulo de Colón, y en el mismo polo Sur le construyan una estatua, con un letrero que diga: «Al inmortal *chauffeur*, la tierra agradecida».

Se afirma que la empresa es seria, y que se apoya en fundamentos racionales.

Se dice que existe una gran planicie de hielo, que se supone que llega al mismo polo Sur, y en este caso, con unos cuantos automóviles que transporten repuesto de gasolina, y cuyas ruedas para engranar con el hielo sean de construcción especial, en unos cuantos días podrá llegar al polo Sur, porque la velocidad del automóvil es enorme; los hay que marchan á razón de 120 kilómetros por hora.

La cuestión es, si realmente la llanura de hielo llega hasta el polo Sur, sin convertirse en montañas y abismos helados.

Si lo primero, puede tenerse esperanzas en el triunfo; si lo segundo, se llegará á un punto en que el automóvil sea inútil.

De todas maneras, la experiencia merece ensayarse.

Y por eso decíamos, que esta noticia era, ó de una menudencia caprichosa, ó de un triunfo colosal.

Adelante, pues, el automóvil, hasta llegar al polo Sur, que luego veremos si puede llegar también al polo Norte.

Y con un par de automóviles, uno sobre cada polo, vengan después choques y catástrofes, que la conquista de la gloria nunca ha sido de balde.

JOSÉ ECHEGARAY.

JOSÉ DE ROURE

Gran humorista español fallecido el 8 del corriente.

Con Navarro Ledesma y con Royo Villanova, José de Roure fué uno de los ingeniosos y cultísimos fundadores y mantenedores de *Gedeón*, el



semanario español moderno, escrito con más profundo espíritu satírico. Los tres han desaparecido. De aquellos tres hombres que marchaban por el mundo pensando alto, sintiendo hondo y escribiendo clara y castizamente, no queda ninguno. Roure ha marchado el último, dejándonos

una grande impresión de tristeza y de vacío. Sus «Jueves», antes, y ahora sus «Domingos» de *Gedeón*, sus cuentos de *Banco y Negro*, cuentos delicados, verdaderas filigranas de estilo, cuentos de asunto interesante, manchas de color ejecutadas con gusto exquisito, dejan un recuerdo imborrable del narrador correcto y jugoso, de fondo sano y limpia forma. Particularmente José de Roure fué un perfecto caballero. De él puede decirse, sin manchar los labios con la mentira, que era un hombre bueno y un buen escritor.

Oído en el foyer del teatro Real la noche del estreno *El ocaso de los dioses*:

Un abonado.—Bueno; pero no ha sido tanto éxito como *Margarita la tornera*.

Otro abonado.—Eso me parece á mí.

Un abonado.—Claro, como que en *Margarita la tornera* salieron los autores una porción de veces á escena, y aquí, ya ves, ni los han llamado siquiera.

COSAS DE HIGIENE

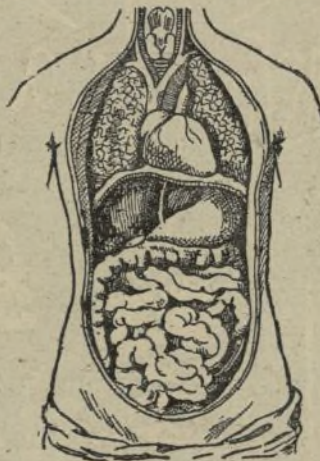
CAMPAÑA CONTRA EL CORSE

Si os dijera que allá en un país de Africa reinaba la costumbre de entablillar el cuerpo de las mujeres desde su niñez, apretando con cordeles dichas tablillas rígidas, y desplazándose los órganos, oprimien-

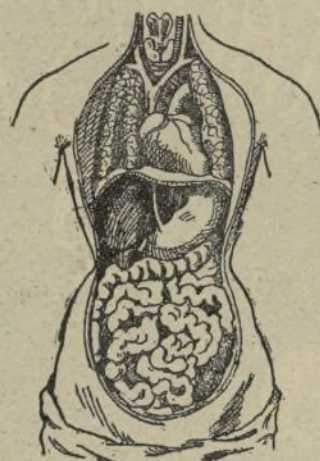
miento del hígado á nivel del reborde costal desplaza una parte de dicho órgano, que forma un tumor movable. ¿Más citas? Pues ahí van dos que no tienen desperdicio. El riñón flotante, padecimiento muy

mientos del corazón, disminuyendo el tamaño de los pulmones, empujando hacia la izquierda y abajo el estómago. Y alteradas las tres funciones más importantes de la vida, la circulación, la respiración y la digestión, ¿cómo pretendéis que de ello no resulte la anémica, la tuberculosa, la cardíaca, la dispéptica? Creedme, bajo mi palabra honrada: el grande, el grandísimo enemigo de la salud femenina, es el corsé.

Conocía yo una joven bien formada, de salud perfecta y metida en carnes. En la edad de las ilusiones juveniles, las carnes eran su obsesión constante, y en el corsé intentaba disminuirlas, y llegaba á tal extremo su exageración, que al ceñirse, su madre y su doncella tiraban con toda su fuerza de los cordones, hasta que crujían sus huesos. Aquello era un horror, respiraba con fatiga, no podía hacer ningún movimiento ni doblar el cuerpo;



ESQUELETO NORMAL



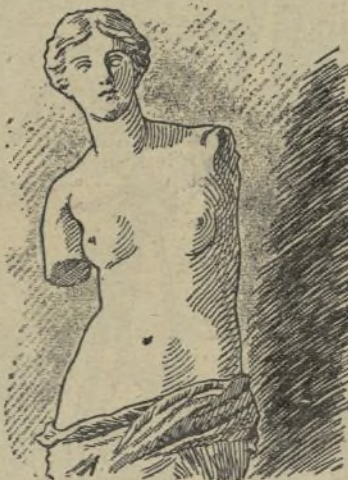
ESQUELETO DEFORMADO

do el pecho, dificultando la circulación y respiración, torturando el estómago, cambiando de sitio el hígado y los riñones, contestaríais indignados: ¡Qué barbaros! ¡Es posible que aún subsistan tan salvajes costumbres!

Pues no tenéis que ir á Africa para observarlas; aquí, en la civilizada Europa, todos esos desatinos los hace la mujer con el corsé, artefacto ridículo, que más semeja ins-

grave y que exige una operación quirúrgica, no tiene otro origen que el uso del corsé. Es imposible—exclama un médico en su tesis de agregación—que un pecho joven, que se está formando, sometido á la presión del corsé, se oxifiquen y desarrollen bien sus huesos y los músculos adquieran la debida fuerza en los movimientos respiratorios.

Y como la enseñanza gráfica, la que entra por los ojos, convence



LA VENUS DE MILO

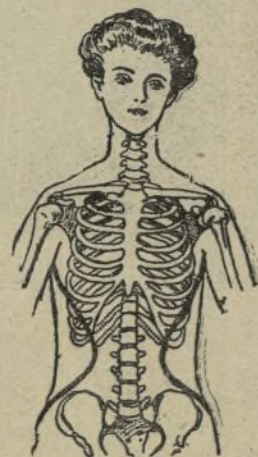


LA VENUS DEFORMADA

trumento de castigo, que no prenda de belleza femenina.

¿Que exageramos? Escuchad. El corsé—dice Pylicka—es un vestido esencialmente antihigiénico, es una máquina de fuerte presión que envuelve y comprime los órganos más importantes de la economía. La mujer que lleva corsé vive constantemente en un estado de semi-asfixia—exclama Sebilleau—, y el gran clínico Potain, escribe: «El estrangula-

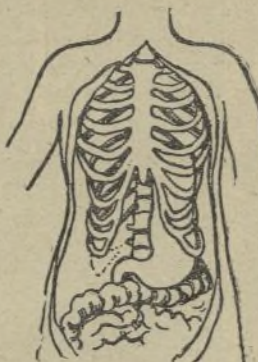
más que la que recoge el oído, ahí tenéis el interior de dos cuerpos humanos; uno, tal como la Naturaleza lo dispone para que cumplan su cometido los órganos en él albergados: hay espacio, hay distancia, y aunque próximos cada cual realiza su función sin impedir la de los demás. Fijáos, después, en el que desfiguró el corsé: el hígado está fuera de su sitio, elevado, comprimiendo el diafragma, dificultando los movi-



DEFORMACION IMPUESTA POR EL CORSE

pero estaba satisfecha, porque su cintura medía escasos centímetros. La tortura dió sus resultados; aquel pulmón que apenas funcionaba, aprisionado por las varillas de hierro, se tuberculizó muy pronto, y la pobre joven maldijo el corsé, cuando ya la tisis dominaba sus entrañas.

¡Qué estética puede haber en forzar las líneas siempre bellas de la Naturaleza! Ahí tenéis la Venus de Milo legítima, y lo que sería la Venus de Milo deformada por el corsé. La primera siempre será el tipo de

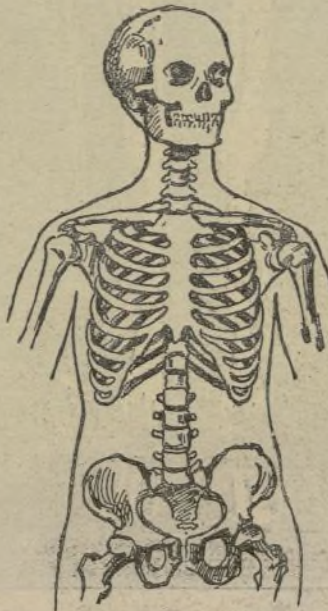


ESQUELETO DE UNA MUJER DE VEINTISIETE AÑOS, OPRIMIDA EN SU DESARROLLO POR EL CORSE DESDE LA INFANCIA

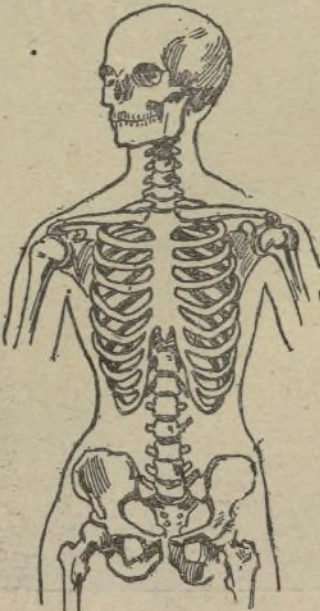
nitivo de la belleza femenina; la segunda el ejemplo de la mutilación bárbara impuesta por una moda absurda.

En Rusia y Alemania existen ligas contra el corsé, y en Francia ha empezado á funcionar una institución de este género. La moda actual parece entrar por la vereda del sentido común, y esos trajes amplios, sujetos bajo los brazos, alejan el uso del corsé. Que perdure es lo que deseamos los higienistas en bien de la salud de la mujer y del beneficio de la raza, y si se vuelve á las andadas anteriores no hay derecho á reírse del salvaje, que horada sus narices con grandes anillos buscando la estética del rostro. Somos sus hermanos mutilando el cuerpo de la mujer, buscando la belleza de una cintura

Dr. CAUTERIO



VÍSCERAS EN UN CUERPO NORMAL



VÍSCERAS EN UN CUERPO DEFORMADO

EL OCASO DE LOS DIOS

Discurriendo el wagnerógrafo Houston Chamberlain sobre la compenetración y concordancia de la música y la poesía, como primera condición del drama lírico moderno, y refiriéndose a *El anillo del Nibelungo*, dice que en *El oso del Rhin* tiene la palabra un papel predominante; en *La Walkyria* se mueve ya la música con más independencia; en el *Siegfried* reina un perfecto equilibrio entre los dos elementos, y *El ocaso de los dioses* viene a ser una inmensa sinfonía: la obra entera es música absoluta, en el sentido que toma la expresión tratándose de Wagner.



BRUNILDA (Sra. Guszalewicz).

La opinión del ilustre comentarista me parece irrefutable, y a esto obedece, a mi juicio, la complicación extremada y la aparente obscuridad de la partitura. A primera vista sólo se distinguen diseños que se cruzan en todas direcciones, acordes que se mezclan y notas que chocan entre sí; con la audición, sin embargo, se disipa este caos; cada detalle ocupa su término y su plano, y el imponente conjunto, en el que se funden todas estas asperezas, sirve de marco a la acción, poniendo de relieve todos sus valores y sus claros oscuros.

Bajo el punto de vista dramático y teatral, es para algunos la parte más importante de la trilogía. La acción es quizá más rica que la de los otros dramas, y hasta el oyente indolente en música y desconocedor de la leyenda, encuentra situaciones que le cautivan. Mientras que los diálogos entre dos personajes dominan en *La Walkyria* y reinan por completo en el *Siegfried*, aquí encontramos casi siempre varias figu-

ras en la escena, tomando todos parte en la acción, de lo cual el poeta saca partido, creando situaciones de gran efecto dramático.

Lo complicado y complejo del libro y de la música hace sumamente difícil su interpretación; más difícil acaso y más arriesgada que la de ningún otro de los dramas de Wagner.

Sin circunscribirnos a obra determinada, la carrera del cantante wagneriano, en general, es ya penosa y poco asequible a los que no estén dotados de facultades extraordinarias. Y no ciertamente por lo que se afirma con inexactitud manifiesta que el maestro trata las voces como instrumentos, y que su melodía vocal, insignificante é informe, no añade nada a los efectos de la orquesta. Error profundo.

Sus elementos vocales son siempre necesarios é imprescindibles, aun en los pasajes menos



LAS HIJAS DEL RHIN (Srtas. Barza, Kempré y García Cond).

para abordar intervalos difícilísimos; precisión de ritmo y de medida; articulación limpia y expresiva; conocimiento y dominio de su papel y de la obra entera, ya que la declamación lírica de Wagner no presenta de ordinario, ni en la melodía ni en el ritmo ningún elemento común con la polifonía de la orquesta.

En otro orden de ideas, el tipo, el carácter, el temperamento del cantante, no especialmente wagneriano, sino simplemente alemán, es por completo desconocido en estas tierras. Su educación musical científica, su general cultura, su clase de vida, su manera de ser y de conducirse en sociedad, son no ya diversos, sino opuestos a las del divo que aquí solemos conocer y padecer.

Para hacer más palpable la diferencia, leed conmigo las siguientes apologéticas líneas, escritas, hace tiempo, por D. José Castro y Serrano:

«Tan seria es—dice—la carrera del cantante en Alemania, y tan distante se halla del histrionismo de otros países, que se ha tomado por costumbre el no aplaudirle. Si lo hace bien, cumple estrictamente con su obligación.

Ingresa en el teatro como el empleado en su oficina: allí hacen méritos, allí ascienden, allí aseguran su vejez. Por eso no suelen ser calaveras, ni arrostrar una vida errante, ni exigir disparates de fortuna. Ni ser conocidos fuera de su patria. El

señor Fulano y la señora Zutana, que no el Tal y el Cual, cantan en un mismo teatro quince, veinte, treinta años, y se casaron con personas distinguidas del país, y educan una numerosa familia, y alternan en sociedad con sus similares: el médico, el profesor, el magistrado, sin constituir esa secta separada y vagamunda que entre nosotros se llama del teatro. Una organización semejante suele no producir genios en abundancia; pero tampoco produce parásitos.

El empirismo artístico que desde su origen lanza á veces á la escena astro luminoso, puebla la escena también de cantantes que no saben música, de actores que desconocen la mímica, de magníficos órganos sin educación. Con estos elementos, por el contrario, se sabe al levantarse el telón que, si no van á aparecer luceros, tampoco aparecerán nebulosas.»

do de la representación. En esto estriba su superioridad como cantante y como hombre.

Nosotros mismos hemos reparado que en nuestros teatros los artistas que se han distinguido en el gé-



SIGLINDA (Sra. Kempré).

nero wagneriano son precisamente los más modestos, los que no cobran por representaciones, los que no exigen que sus nombres vayan al cartel con titulares de medio metro.

Pasad revista á las representaciones de Wagner en Madrid, y si guardáis buen recuerdo de algún cantante italiano que haya sobresalido en ellas, seguramente recordaréis también que era buen músico y excelente artista y persona grata, poco afecto al bombo comprado y enemigo de las indisposiciones á quemarropa. Volved la oración por pasiva, y, en las compañías del Real, sólo encontraréis, salvo excepción, ejemplares del cantante vulgar, que prefiere el compositor que le da más papeles y la ópera que le valga mayores triunfos. Celoso de sus compañeros, no perdona ocasión de mortificarlos, y con una vanidad olímpica, á todo fin artístico desinteresado, antepone una simulada ronquera á la ambición de una contrata ventajosa.

Félix PORRELL



GUERRERO 1.º (Sr. Del Pozo).

lricos, y sin ellos queda imperfecta la expresión dramática. En sus partituras no hay nunca diseños irrealizables, ni se violentan los recursos normales de la voz humana, ni aparece jamás el órgano de los cantantes en lucha abierta con el estruendo orquestal, ni se pretende quebrar la garganta del tenor con temerarios berridos de do de pecho.

En el sentido de esfuerzo orgánico, el repertorio de los teatros italianos, y especialmente el meyerbeeriano, exige de los cantantes mayores sacrificios y trabajos.

En cambio, el intérprete de Wagner necesita gran facilidad de entonación para resistir un estilo casi constantemente cromático; dominio absoluto de la técnica para caminar sobre sucesivas y anormales modulaciones; organización exquisita del oído



HAGEN (Sr. Mansueto).



FRICKA (Sra. Lucacweska).

Con las modernas contratas fabulosas de América, el tipo descrito por Castro y Serrano se ha mixtificado un poco, con vistas al mercantilismo y al mundo de divos. Pero la organización especial de los teatros alemanes no permite muchas aventuras en este sentido. Contratados permanentemente, se consagran en absoluto á sus estudios y á los papeles que deben representar. Cada cual, por su parte, vive trabajando y estudiando siempre, y como respira una atmósfera limpia de mezquindades y de chismes, llega á penetrarse de lo ascético de su misión, y no siente nostalgias de aplauso. Desarrolla sus facultades con profunda convicción de que cumple un fin, y su conciencia profesional, exaltada por las condiciones impersonales de su trabajo, le impide soñar con egoísmo en éxitos individuales, que, por otra parte, sabe que el público no ha de otorgarle. Si el único fin que persigue es la obra de arte, á ella deben subordinarse todos los efectos particulares. El cantante, por virtuoso, por divo que sea, ha de hallar la recompensa de sus afanes y de su talento en el mejor resulta-

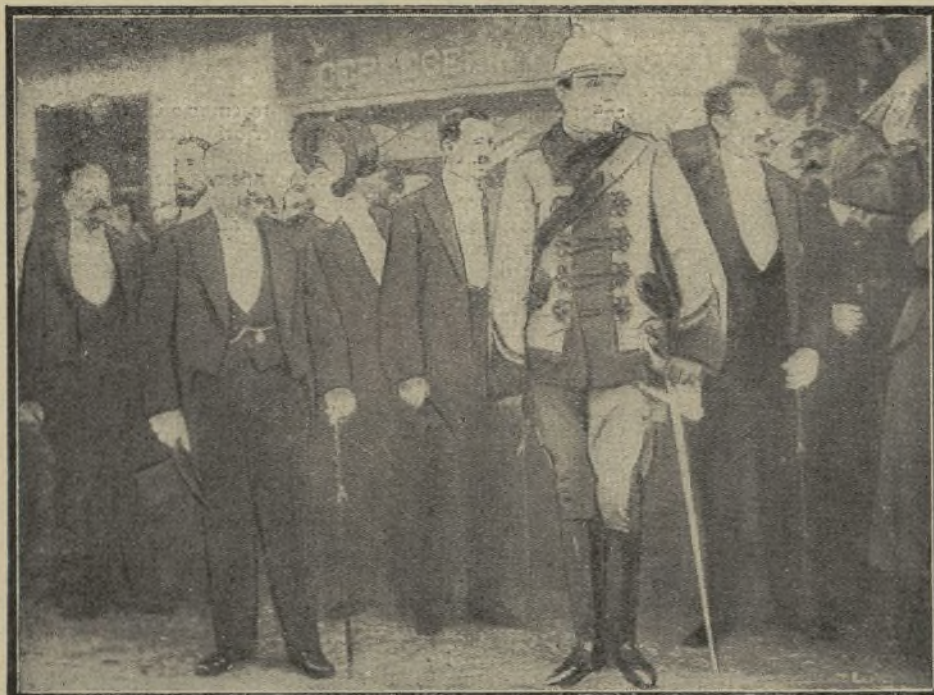


SIGFRIDO (Sr. Remond).



GUNTER (Sr. Schutzendor).
(Fots. de Lagunas y Quevedo.)

EL REY EN ALGECIRAS



EL REY PRESIDENCIANDO EL DESFILE DE LAS TROPAS, ACOMPAÑADO DEL ALCALDE



EL REY ESPERANDO EL DESFILE DE LAS TROPAS DESPUÉS DE OIR MISA



DON ALFONSO DESPUÉS DE HABER REVISTADO LAS TROPAS Y CUARTELES

(Fotografías de D.^a Trinidad Díaz)



S. M. DIRIGIÉNDOSE PARA EMBARCAR CON DESTINO Á CEUTA

SERVICIO DOMÉSTICO



GRUPO DE LAS ARTISTAS QUE HAN ESTRENADO EN EL TEATRO DE LA COMEDIA LA NUEVA OBRA DE LOS HERMANOS CUEVA «PENAS BUSCADAS»

(Fotografía Alfonso.)



El ayuda de cámara.—Le he hecho venir á usted porque desde que los señores se han apercibido de que escuchamos detrás de la puerta, hablan en inglés.

(Le Pete-Mele.)

JESÚS MADRIENOS "MI CAFÉ"



No es ninguna *brasserie* del centro que frecuentan «gomosos» para tomar *cock-tail* a la una de la tarde, «echándolas» de *clubmen* junto al Casino de la Peña.

No es el establecimiento de lujo «chillón», propio de los barrios bajos, con vasos enormes y «chorreo» en la copa, á los que va, contenta, la plebe dominguera.

Tampoco es el *tupi* con fonógrafo, ni menos de esos cafés bien situados y ocultos, que en la penumbra de sus rincones albergan, con recato, una cita de amor.

«Mi café» es otra cosa; madrileño de raza, con dorados y espejos, colosal estufa y en sus eternas columnas esponjeras de níquel.

Allí no existe servicio «feminista» como dijo el otro. Son camareros de lo más clásico.

Hay piano de cola, que toca inva-

riablemente la *Alborada* de Veiga y *El anillo de hierro*.

De tarde en tarde pide la parroquia el tiento de los lunares.

«Mi café» tiene dos puertas, con rojas cortinas de terciopelo grueso y hasta nueve ventanas con alegres visillos.

Detrás del mostrador avizora el negocio la mirada del dueño, honrado astur que enriqueció el trabajo.

Tiene dos hijas que llevan la contabilidad de la casa y que saben francés.

La parroquia es constante. Don Juan y don José, que acuden con sus señoras á pasar la velada en compañía de doña Eduvigis; dos hijas cloróticas, con novio y sombrero para-caídas, y un viejo, capitán retirado, que es célibe empedernido.

Completan la tertulia el gracioso de siempre, y el que desde su mesa arregla la «situación» con eternos discursos de oposiciones al gobierno.

Don Pedro y don Jesús son paisanos del amo del café, y todas las noches toman ginebra con él hablando de negocios. Los tres llegaron á fuerza de trabajos. Hace treinta años, cuando fueron á Cuba, eran sólo Perico y Jesús, á secas. Hoy, les pertenece un almacén de aguardientes.

En el sitio más apartado se ve á un joven de raído traje, de barba hirsuta y lentes con cristales muy gruesos.

Es un pobre traductor que trabaja á diez céntimos cuartilla. Traduce italiano, alemán, francés y en la lengua de Shakespeare. Acude al café con sus diccionarios viejos y un montón de papeles.

Invariable, exacto, con frío ó con calor, allí está el «periodista», como le dicen en la casa. Al pobre luchador, esclavo irredento de un Núñez Samper cualquiera, no le alcanza el honor que á don Juan y don José, don Pedro y don Jesús.

La mesa de enfrente es usufrutuada todas las noches por dos horteras distinguidos que, ensortijado el pelo y luciendo en las manos anillos de plata dorada con piedras similares, reúnen en el café para escribir redondillas.

Perpetran en colaboración una pieza de *cine* y por la literatura intentan sacudir el yugo del madapolán y del retor.

Junto á estos ingratos hijos de Mercurio, veo todas las noches á un raro personaje. Es un hombre de edad proveya, flaco y anguloso, correcto y serio. Viste gabán y sombrero hongo; la camisa, de inmaculada blancura, pulcramente afeitado, sus botas brillan como un espejo.

Aquel hombre es la quinta esencia del pulimento. Apenas llega al café, saca de los bolsillos un verdadero bazar de objetos: petaca y fosforera de metal, boquillas de ámbar; portamonedas, una cartera con cifras, etc. Antes de que el camarero le haya traído la copa de ojen que pide, el enigmático individuo, siempre serio y absorto, alinea en la mesa hasta siete ú ocho de los objetos antedichos. Saca después franelas, cepillos y una cajita de polvos que mira con deleite. Y sin decir palabra, sin prestar atención á nada ni á nadie, se entrega con furor al pulimento de infinidad de cosas. Me he fijado bien. Todas las noches son las mismas. Apenas interrumpe su tarea para tomar un sorbito de ojen, y con una especie de vértigo de lim-



pieza frota y cepilla con entusiasmo indescriptible.

Dos horas justas dura la labor. Reluce la cadena del reloj, el puño del bastón, los gemelos de su camisa; lo reluce todo. Momentos antes de marchar enciende un puro, y sonriendo imperceptiblemente, se entrega á un divino éxtasis mientras contempla las retorcidas espirales del humo de su cigarro.

Nadie en el café ha hablado dos palabras con este señor. Y es parroquiano antiguo. No obstante ser muy atento, rehuye todo trato. Para él, la vida estará encerrada dentro de un neceser de limpieza, y cuanto no sea gasógeno ó bencina debe ser despreciable.

¿Es un filósofo? ¿Se trata de un loco? ¡Quién sabe! Es, desde luego, un hombre original que inspire viva simpatía.

También van al café todas las noches los lecheros de enfrente. Son dos horas que se permiten de asueto y expansión. Les acompañan los niños, arrapiezos de tres y cuatro años que sueltan por la sala en plena libertad y que juegan al toro; suben, gateando, por la escalera de caracol

que conduce al biliar y acaban, indefectiblemente, por romperse la cabeza.

En «mi café» hay su miajita de «peña» artística. Son los cómicos de un *cine* que allí existe frontero y que de vez en cuando se lanzan á pedir un bistek con muchas patatas.

La Pérez y la López asisten á la tertulia que forman Rodríguez, Sánchez y Gutiérrez, y por parecerse en todo á los faranduleros de viso, en la «peña» del *cine* es donde más servicios de café «con media» quedan á cuenta.

Tampoco faltan á «mi café», y son diarios tertulios, D. Indalecio y su hermana.

El es benemérito de la patria, actualmente forma parte del batallón de milicianos y ya es muy viejecito. Ella es pensionista y soltera crónica desde la Restauración.

Don Indalecio, que lleva hongo cuadrado, y su hermana, alfiler con relicario grande en el cuello, no faltan al café aunque caigan chuzos de punta.

Ellos cenan temprano, á las seis de la tarde, y á las siete ya están en el café. Mientras saborean el rico *moka* (sic) el honorable viejecito lee en voz alta los artículos de fondo (il) de tres ó cuatro periódicos. Ella le escucha con religiosa atención. De vez en vez hacen sus comentarios acerca de la cosa pública, rememora él los tiempos de Prim, y á casita á dormir á las diez de la noche.

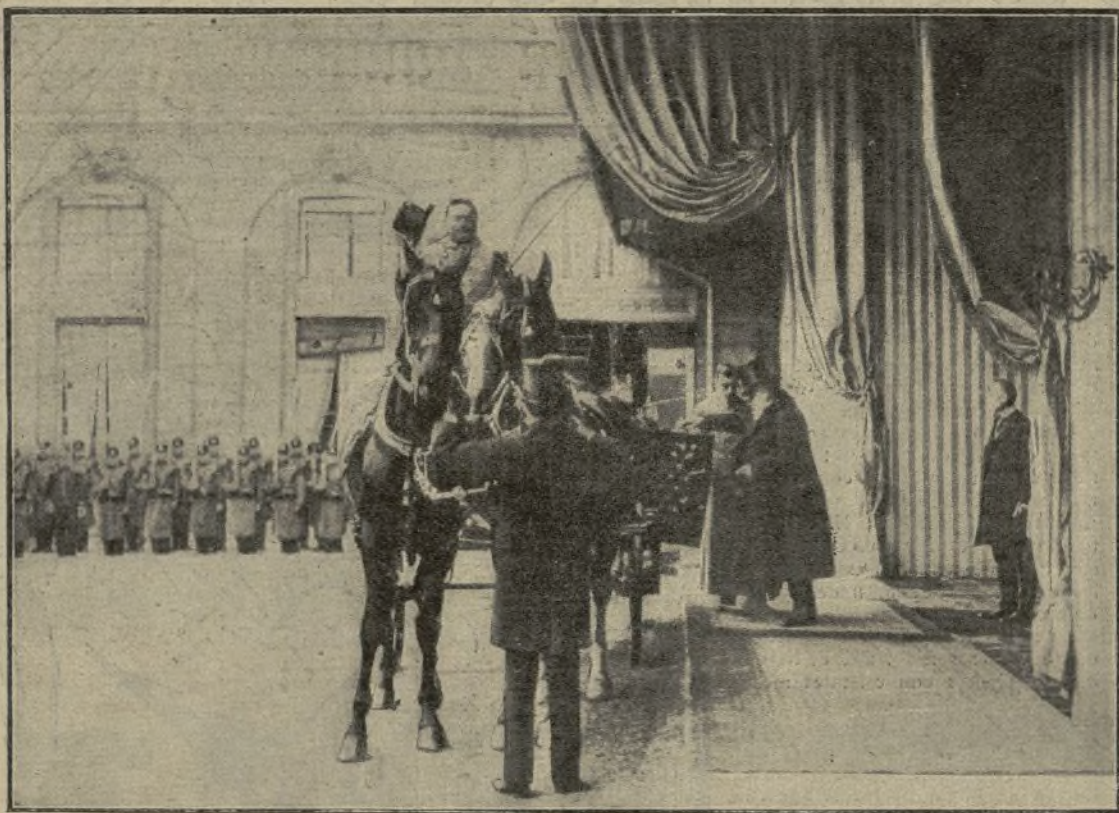
Acuden á «mi café» los tipos que nunca faltan en los otros de Madrid, entre los que pueden contarse el *matatías* de marras, el revolucionario de siempre, el obrero que pone cátedra de socialismo y tal cual «cotorrona» busconilla que, «dándolas» de moral y de decencia, ante todo, persigue, entre suspiros, «el amor que pasa» del grave D. Juan.

Tal es «mi café» y su parroquia acostumbrada, ya «gente de casa» para el cronista pobre que sólo con dos reales tiene pluma y tintero, calefacción y luz, una mesa, que se le respeta, y hasta ya ven ustedes qué inspiración también ó asunto, al menos, para una croniquilla con modelos del natural.

Enrique SÁ DEL REY.



EL REY DE INGLATERRA EN PARÍS



EDUARDO VII SALIENDO DEL PALACIO DEL ELISEO (Fotografía Delius.)

COPLAS

Parece tu boca, niña,
un rincón del mar;
con corales y con perlas,
y con muchísima sal!

Con la lluvia, en las tormentas
la atmósfera se descarga;
también el llanto apacigua
las tempestades del alma.

Todo se puede expresar
en el lenguaje amoroso;
lo que no digan los labios
lo saben decir los ojos.

Al sol tendí la mirada
y mi vista se eclipsó...
¡Si lo miras tú, morena,
el que se eclipsa es el sol!

Un rosál planté en su tumba,
y ya la poética planta
está llenita de flores
que me recuerdan su cara...

Rafael MAROTO.

Contra los ladrones.

Las cajas de caudales no son artefactos que se encuentran "al alcance de todas las fortunas".

Los cofrecillos de acero con llave de seguridad reúnen condiciones admirables para que no se pierda lo que en ellos se encierra. Pero, ¿quién es capaz de precaver el tesoro contra que el ladrón se alce con "el santo y la limosna"; esto es, que, atraído por lo que guarda la caja, se lleve ésta también.

El poco peso de estas cajas facilita operación.

Para evitar estos males, un industrial americano presenta unos cofrecillos de hierro y con candado de letras, cuyos cofrecillos van provistos de una placa acerada que se puede fijar, ya en la pared, ya en un mueble pesado.

De este modo queda la cajita en las mismas condiciones de seguridad que la más respetable caja de caudales.

Los modernos guardatesoros llevan en su interior un compartimento secreto y un casillero para joyas y monedas. El modelo corriente tiene 16 centímetros de largo por 10 de alto.

La casa del porvenir.

Ella será la que resulte impenetrable al calor, al frío y a los ruidos exteriores.

¿Puede ser esto una realidad? Sin duda alguna. Y no es esto lo maravilloso, que las nuevas construcciones serán inmunes a las llamas, permaneciendo intactas entre la humareda del incendio.

Tanto se consigue por el sencillo procedimiento de revestir los muros de las casas exterior e interiormente de una sustancia parecida al barniz y que lleva el nombre de *abestie*, preparado a base de amianto.

Sobre esta preparación puede pintarse y encolarse.

DEPORTES DE INVIERNO



UNA CARRERA SOBRE EL HIELO EN HOLANDA.—LOS CORREDORES EN EL MOMENTO DE EMPEZAR EL «MATCH», ESPERANDO LA SEÑAL DE PARTIDA

(Fotografía Delius.)

FIGURAS FEMENINAS

por Arcadio Moraleda.



Lecturas sensacionales.

LA SEMANA ILUSTRADA es el periódico para todos; procura sintetizar en sus páginas las aficiones de una gran masa de lectores, y no desperdicia medios ni procedimientos artísticos para atraer la simpatía y la atención de un público muy extenso. Con tal propósito inaugura desde el número que sigue otra nueva sección, titulada

Lecturas sensacionales.

En ella se publicarán trabajos originales, que han de alcanzar inmensa popularidad y resonancia. La primera de estas narraciones, debida a la brillante pluma del redactor de *El Imparcial*, A. Sánchez Ramón, se á:

EL MUERTO RESUCITADO

Aventuras extraordinarias de un anarquista ruso.

En el relato emocionante que hallarán nuestros favorecedores en sucesivos números de LA SEMANA ILUSTRADA, no se sabe qué admirar más, si la gallardía del estilo ó el interés cada vez más creciente de los episodios. Podemos calificar, sin temor á equivocarnos, de novela maestra y modelo en su género á

EL MUERTO RESUCITADO

Aventuras extraordinarias de un anarquista ruso.

Nuestras novelas cortas.

La brillante serie de "novelas cortas" que ha inaugurado LA SEMANA ILUSTRADA, merece coleccionarse por nuestros lectores.

Estas interesantísimas é inéditas narraciones están llamadas á alcanzar cada día mayor éxito. Así es que conviene solicitar sin demora de nuestra Administración los números atrasados que faltan.

Hasta ahora van publicadas las siguientes novelas, que pueden adquirirse, con sus números respectivos, al precio corriente de diez céntimos:

- 1.—La *hi'a* de Dios, por José Rocamora.
- 2.—El amor y el mar, por Rafael López de Haro.
- 3.—El primer olvido, por Gustavo Jivero.

4.—Los perseguidos, por Parmeno.

5.—La vida rota, por José Francés.

6.—El monte de las Angustias, por Juan Pérez Zúñiga.

7.—Escarmentados, por la Condesa de Pardo Bazán.

8.—La Vampiresa, por Emiliano Ramírez Angel.

9.—Los venteros de Daimiel (tradición), por Pedro de Répide.

Seguirán "Novelas cortas" por Joaquín Dicenta, Jacinto Benavente, Jacinto Octavio Picón, Benito Pérez Galdós, Eugenio Sellés, José Ortega Munilla, Azorín, José Francos Rodríguez, Rubén Darío, Enrique López Alarcón, Manuel Linares Rivas, Luis de Tapia, Manuel Bueno, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Luis López Ballesteros, Ramón del Valle Inclán, Carlos Fernández Saw, Felipe Trigo, Pompeyo Giner, Alfredo Vicente, Armando Palacio Valdés, Luis Morote, Antoni Zozaya, Gabriel Miró, Felipe Pérez y González, Vicente Blasco Ibáñez, Luis Bello, Antonio Cortón, Francisco Acebal, Manuel Machado, etc., etc.

La "Novela corta" vale por sí sola más de los diez céntimos á que se expende LA SEMANA ILUSTRADA.

Un gran concurso de "bebés."

LA SEMANA ILUSTRADA sigue experimentando extraordinarias reformas que darán á su texto y grabados variedad é interés cada vez mayores.

Una de las mejoras que desde luego ofrece, es la organización de Concursos curiosísimos y amenos, que tendrán además el aliciente de artísticos y valiosos premios.

Nuestro primer Concurso de esta serie, es el de "bebés" que inauguramos en el número 96 publicando una bella plana con fotografías numeradas para la votación.

No se admiten votos hasta que terminemos la publicación de todos los retratos que se reciban. Se desecharán las fotografías que no sean realmente bellas y artísticas.

Los originales fotográficos de "bebés" para este Concurso deberán enviarse al director de LA SEMANA ILUSTRADA, Colegiata, 7, casa del Heraldo, Madrid.

En números sucesivos se dará cuenta de los premios y de las condiciones á que se ha de ajustar la votación; así como también contestaremos á cuantas dudas se ofrezcan á nuestros lectores.

Política internacional.—Conjugando el verbo «indemnizar».



Yo indemnizo, tú indemnizas, él indemniza, nosotros indemnizamos, vosotros indemnizáis, etc. (Ulk.)

Libros recibidos.

Sincerato El Parásito (novela de costumbres romanas), por Eduardo Barriobero y Herrán.

La *Agencia Española del Fotógrafo*, para 1909 (segundo año de su publicación), es un tratado general de fotografía, dedicado á los aficionados á este arte y muy útil para los fotógrafos, en razón á los múltiples datos que contiene.

De venta en la librería de E. Dosat, plaza de Santa Ana, 9, y en los establecimientos de artículos fotográficos, al precio de 1,50 pesetas.

Editada por la Empresa Internacional de la Agencia Española del Fotógrafo. Director, A. Pulín.

El año político 1908, por Fernando Soldevilla. Madrid.

Tres viajeros y revendedores búscanse para la venta de artículos de absoluta novedad, de muchísima y fácil venta, así como de gran ganancia. Escribír: Calleja 557. Trieste (Austria).

Colecciones artísticas de LA SEMANA ILUSTRADA

JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO

CUADROS PUBLICADOS

Serie Velázquez

- 1.—Los borrachos.
- 2.—La fragua de Vulcano.
- 3.—Mercurio y Argos.
- 4.—La rendición de Breda.
- 5.—Las Meninas.
- 6.—La coronación de la Virgen.
- 7.—San Antonio y San Pablo.
- 8.—El bobo de Coria.

Serie Murillo.

- 1.—La adoración de los pastores.
- 2.—La virgen del Rosario.
- 3.—La Purísima Concepción.

Serie Ribera.

- 1.—Un santo ermitaño en oración.

ESPAÑA Y AMÉRICA



Dibujo hecho por el insigne Benlliure para el banquete que en honor de Carlos Malagarriga se celebrará en el teatro Real

—No puedo hablar por este teléfono tan alto.

—Pierde cuidado, ya crecerás mientras la Central te pone en comunicación

Máquina de escribir, de bolsillo.

Tan ingenioso como práctico es un pequeño aparatito que acaba de inventarse en París. Se trata de la reducción de un modelo corriente de máquinas de escribir.

Encerrado en su funda de cuero se puede llevar en el bolsillo, y sus dimensiones son de cinco centímetros de altura por doce de ancho y veinticinco de largo, y el peso de kilo y medio.

Tiene 83 caracteres, que imprimen huellas clarísimas, pudiendo escribirse cincuenta palabras al minuto.

La maravillosa maquina es muy útil á los viajeros de comercio, habiendo asimismo comenzado á usarla médicos y abogados.

Nuevo sistema de propaganda.

El día en que se verificó en Londres la reciente apertura del Parlamento, las feministas partidarias del sufragio quisieron aprovechar la oportunidad para hacer la propaganda de su causa, y emplearon un método por primera vez usado. Alquilaron un aeróstato, que fué tripulado por una de las más entusiastas propagandistas, que flotando por las calles de la gran metrópoli, esparció por todas partes hojas impresas, folletos y demás formas de propaganda.

El objeto principal era llegar hasta las inmediaciones de Westminster, en donde la multitud se hallaba reunida para ver la llegada del Rey al Parlamento; pero un viento contrario impidió al aeróstato llegar á ese punto.

NOVELA CORTA DE LA SEMANA.—En las planas primera, segunda y tercera del número próximo:

BODA DE ALMAS

por Jacinto Octavio Picón.

Una novela corta, completa é inédita, en todos los números

LOS GRANDES EXITOS

Al terminarse la publicación del sainete lírico

Aquí hase farta un hombre,

por Jorge y José de la Cueva y música del maestro Chapí, comenzaremos á insertar en nuestro folletón encuadernable ilustrado, el libro íntegro de la aplaudidísima zarzuela de Antonio Viérgol y el maestro Calleja,

LAS BRIBONAS

Todos los que se suscriban durante la semana entrante á

La Semana Ilustrada

recibirán gratis los números anteriores, con el principio de nuestro folletón encuadernable

AQUÍ HASE FARTA UN HOMBRE

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

Dos reales al mes en toda España.

Los originales literarios y las fotografías no se devuelven.